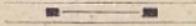


tegrar a su acerbo social aquellas dos grandes ramas que su soberbia desarraigó del tronco común. Todos sabéis de libros que hablan de los judíos que aún conservan nuestro idioma como los moros aún guardan las llaves de sus casas de Granada, de asociaciones hispano-sefardíes en Oriente y Marruecos; de Entidades hispano-hebráicas. Ese pueblo que dispersó Tito y que macedonios, caldeos, turcos, los grandes Imperios de Persia y todas las Razas y entre ellas la nuestra quisieron destruir, está hoy como el amianto, en sentir de Mr. Freeman y su superioridad parece tan incontestable a hombre tan severo como Beaconsfield que dice ser la más vigorosa de las Razas actuales. Y esa superioridad es tan eficiente que hasta hombres como Einstein, el sabio más grande nacido después de Newton, judíos son. Ahí tenéis, señores, a España metida en la tarea nada fácil de estrechar relaciones con los que nunca debió de despreciar y castigar tan inmerecidamente como es privar de la Patria, el más rudo castigo que los hombres pueden dar en esta vida. Ahí tenéis a España frente a una de las ramas de los askenasim. Antes que hubiera cristianos ibéricos ya había hebreos ibéricos.... ¿En qué situación no brillaron ellos? Samuel Iben Nagrela fue Gran Visiren Granada, Samuel Levi en la Corte de don Pedro I de Castilla. El más fuerte sillar de la prosperidad nacional eran ellos. Las rentas del Estado eran administradas por ellos con experiencia acrisolada y genio financiero incomparable y los subsidios e impuestos con que contribuían al sostén del Erario público eran tan crecidos que nunca pudieron ser sustituidos con gabela alguna.... ¿Cómo prescindir en la historia de nuestra Civilización de esa raza hebráica española tan suya y tan nuestra, que llegó a mezclarse con la prosapia de mayor alcurnia? El Tizón del Prelado toledano os colmaría las medidas cuando desafiaba a la Nobleza a que le probaran que las más linajudas familias no estaban contaminadas de sangre judáica. Llegaron hasta ser Obispos y Obispos como Cartagena, cuya tumba en la Catedral de Burgos era mi admiración cuando niño. ¡Qué espléndida y áurea era judáico-española la que abarca los siglos XI y XII... Ben David de Toledo escribía *Fe excelsa*; Maimón Maimónides, *La guía de los que andan perplejos acerca del recto camino* y la astronomía de Geber ayudado por Esebtí médico de Saladino; Bechaj, *El deber de los Corazones* donde proclamaba el interiorismo sobre las prácticas externas; de Abul Gualid decía Renán que sólo los estudios más recientes de su época podían aventajar los suyos.... ¿Dónde no se cantarían en el

Orbe judáico las *Exhortaciones* de Ben Gavirol? Rabi Zag escribió por orden de Alfonso X los astrolabios llano y redondo. La *Danza de la Muerte* y los *Proverbios Morales*, obras del siglo XIV que son orgullo y paso dado en firme de nuestra Literatura son de Dom Sem Tob de Carrión. Moisés Arragel traducía al romance la Biblia en 1430 en Guadalajara y le adornaba con preciosas viñetas y miniaturas. Benjamín de Tudela iniciaba la literatura de Viajes con su libro *Peregrinación* como siglos más tarde habíamos de ser los primeros en llegar a Africa con el portugués Lacerda y en inverosímil y admirable expedición a Marruecos y Egipto con el valenciano Badía. Jaime Ferrer dirigió la Escuela Náutica de Sagres, considerada entónces como la mejor del mundo. Fray Alonso de Espina, judío converso, fue Rector de la Universidad de Salamanca. Bonfill traducía al hebreo Hipócrates, Galeno y Boecio. Eran gramáticos, poetas, novelistas. De Juda Levi decía Heine que tenía el alma más profunda que los abismos del mar. Nada tan hondo como Bibas y Menahem en filosofía.... ¿Y de estos hombres y centenares como ellos prescindimos? España no fue sola entonces en ese fanatismo intransigente; no fue única ni siquiera la primera. De Francia les expulsó Dagoberto, luégo Felipe I, después San Luis, más tarde Felipe el Hermoso, más aún Felipe el Largo que además les achicharró a centenares. Carlos VI y Enrique IV también hasta que Cromwell les concedió ciertos derechos. De los Países Bajos fueron asimismo expulsados como de Portugal. Pero el país que más sintieron abandonar fue el nuestro. El cronista Bernáldez habla de la simpatía con que se veía a los judaizantes. Los Cabildos llegaban a decir que eran cabalmente las personas de «mayor giro e industria». Quien haya leído la Crónica del Cura de los Palacios sabe lo que es sufrir. Aquellos hombres eran abiertos en canal en tierras de Marruecos para buscarles en las entrañas el oro que creían allí escondido. Y talvez era verdad porque se lo llevaron. Ya Zurita decía en los Anales que el Rey hacía yerro en eso y el único hombre de Estado indiscutible que hemos poseído en el siglo XIX, Castelar, fulminaba palabras de condenación. Los árabes.... luégo los moriscos.... los hebreos.... de equivocación en equivocación. Y comenzando siempre. Costa halló el primero esa ley nuestra sombría del eterno comenzar. Siempre recomenzando, empezando de nuevo siempre. Y si Nietzsche afirmaba ser la nobleza principal del carácter del hombre, la posibilidad y la voluntad de volver a empezar, en la Historia de las Naciones, eso es fatal porque los

pueblos se abaten al ver una y otra vez esterilizados sus esfuerzos. Y he ahí el secreto del desengaño, remordimiento, abatimiento y consternación que véis en el ambiente, desengañados y desilusionados sin saber confiar en nadie ni querer por el escarmiento continuo confiar en nadie, seguros de lo que pudiera ser ya ha sido....



PUEBLO de adivinos, pueblo de profetas: Séneca, Orosio, Gonzalo de Berceo, Raimundo de Peñaflo, Gómez Barroso; Raimundo Lulio, López de Ayala, Jacobo Ruiz, Juan García, Valdés, Suárez, Fox Morcillo, Márquez, Quevedo, Gracian, Malo de Luque, Marchena, Donoso Cortés, Alcalá Galiano, Oliveira Martins, Orígenes, el abulense, el Doctor Iluminado; antes y después, enciclopedistas adivinos y profetas. Pueblo que se adelantó a todo y no concluyó nada.... Antes que nadie soñara en Enciclopedias, España daba las de San Isidoro, Raimundo Lulio y Feijóo. La Sociedad Cooperativa de Cosuenda se adelantó al pauperismo y el Crédito Agrícola con la Institución de los Pósitos.... Erigimos los primeros Observatorios y los primeros Jardines Botánicos. Imponíamos al mundo el Meridiano de Toledo como meridiano universal; Elcano demostraba la redondez del Planeta; Lebrija medía a pie un grado del Meridiano; Vizcaya creó el arte de pescar la ballena. ¿Hay algo más notable y sugeridor que nuestros carpinteros de ribera?... Pedro Medina escribía el primer Tratado de Navegación, traducido por cierto a todas las lenguas. Lucatelo inventa la sembradora. Garay, el barco de vapor. España eximió de alcabala la Imprenta. Bethancourt antes que Watt. Entre Madrid y Aranjuez Salvá se comunica por telégrafo óptico. Miguel Servet halla la circulación de la sangre y Ríó y Eluyar descubren cuerpos simples. Guzmán eleva el primer globo areostático y Lunardi el de hidrógeno para investigaciones atmosféricas. ¿Hay un más allá que nuestras Leyes de Indias y nuestro Régimen Colonial autonómico? Hernán Cortés y Gomara proyectan abrir el Istmo de Panamá. Servet funda la Geografía comparada y la familia Roget inventa telescopios magníficos. Acosta instituye la Física del Globo. Martín Cortés estudia el magnetismo terrestre. Urdaneta expone una

teoría de los ciclones. ¿Sabéis de botánicos más excelsos que Monardes, Cobos, Fernández de Oviedo y Rojas Clemente?... Felipe Guillén halla la brújula de variación. Jorge Juan aplica la Mecánica a la construcción y manejo de los barcos. El sexo de las plantas es descubierto por Cobos. Francisco de Victoria crea el Derecho Internacional como Melchor Cano y Suárez agitan las conciencias en el Concilio de Trento. De Huarte encuentra *El Examen de Ingenios*. El primer libro de Algebra, el Algoritmo, es de Juan de Sevilla. Newton mismo alaba el Tratado Geométrico de Omerique. Jerónimo Muñoz aplica el Cálculo Trigonométrico y Núñez halla entre otros el problema loxodrómico. Cien años antes que Vernier nuestro García inventa el Nonius. Esquivel funda la Geodesia. Escribano adivina la máquina de vapor y si a esos y mil hombres más añadís los héroes innumerables que historió Cesáreo Fernández Duro en los once tomos de la Historia de la Marina Española, los que dió Fernández de Navarrete en su Colección de Viajes y Descubrimientos hechos por mar por los españoles, los Historiadores de Indias de que habla Serrano y Sanz, a Gómez Ortega, el autor eximio de *Historia Plantarum Novae Hispania* y los diecisiete tomos en folio del médico de Felipe II, Hernández, ¿quién puede en país alguno de la tierra alardear de visionarios intuitivos que se adelantan a los tiempos? Oh, aquellos hombres, aquellos Conquistadores, hombres que jamás otros merecieron esa palabra, único vocablo que sobre todos los idiomas del mundo dignifica la máxima virilidad...

Ahora que peregrino por América, solamente ahora sé lo que valieron aquellos hombres. Colón italiano y a sueldo de España no nos interesa tanto como los Pinzones cuya sagrada memoria hoy se reivindica en España con furor sagrado. Pero ¿y Hernán Cortés el conquistador del Anahuac, Pizarro sojuzgando el Perú o trazando aquella línea de la isla del Gallo, acto el más heróico que registre la Historia, Balboa descubriendo el Pacífico o Elcano dando la vuelta al Mundo, Urdaneta y Legazpi civilizando las Filipinas, Diego de Ordaz explorando el Orinoco, Magallanes, nuestro a pesar de su origen portugués y más nuestro que Colón, Alvarado, Loayza, Juan de la Cosa, el estupendo Cabeza de Vaca, Solís, Cieza de León, Garay, Diego de Almagro, los franciscanos y jesuítas que exploraron el Marañón, Cabral, Quesada, Valdivia, Oquendo, Orellana, Diego de Vargas, constelaciones de héroes que no sabiendo Geografía la hicieron, hombres ante los que la Historia moderna se queda estupefacta, para los que el

mayor elogio consiste en contar simplemente lo que hicieron. ¿Qué son ya aquellas obras que leímos de jóvenes, los cuatro volúmenes de Helps con ser tan buenos, la Suma de Geografía de Lope de Velasco, las Historias primitivas de Barcia, la Biblioteca Ultramarina y Relaciones Geográficas de Jiménez de la Espada y Justo Zaragoza, los cuarenta y un volúmenes de Mendoza, los trece de la Academia de la Historia que son los mismos eternos modelos de González de Oviedo, el Orbi novo Décadas, de Anglería, la Historia misma de Indias del Padre de las Casas, las maravillosas narraciones de Irving, las obras de Prescott, Robertson, Campe.... ante esa pléyade actual de Bourne, Sipsón, Richman, Coman, Manning, Hall, Davis y, sobre todo, Bändelier en mala hora muerto y la admirable viuda continuadora de su labor?.... Esta Raza enorme se adelantó a todo. Supo adivinarlo, conquistarlo; pero ¿qué nos resta, qué es lo que nos queda de todo ello? Cuando en las famosas Fiestas de la Raza o Juegos Florales se evocan en discursos o poemas siempre los mismos, estas sombras augustas, piensa uno que alguna de ellas pudiera resucitar y con el guantelete de hierro dar en la boca a los cantores de esas glorias. Ellas dirían: «Mejor que cantar eso sería conservarlo». Ellas preguntarían: ¿Qué habéis hecho que no conservásteis lo que a tanta costa descubrimos?.... Adivinos sin realizar jamás, conquistadores sin saber conservar las maravillas del portentoso esfuerzo.... Siempre ese carácter de hierro; siempre ese temperamento tremendo que el destino mismo no puede domar....



○ El la cara eternamente campesina de nuestros grandes hombres. Yo no sé si en ello se ha fijado alguien, pero aún sé decirlo que una de las cosas—yo talvez me atrevería a sostener que la primera de las que me interesaron de la extraordinaria Historia de mi Patria—es la cara de esos hombres nacidos del pueblo en su mayor parte, que escalaron los más altos puestos y que ya en ellos no pudieron ó no quisieron dejar alejar de su rostro las facciones raciales. Lo que quise cierta vez demostrar al escultor más grande ibérico de estos últimos tiempos, al amigo entrañable mío Julio Antonio, una de las tardes en que humorábamos

por la sin par Toledo, el libro de Barrés bajo el brazo, en la mano el de Cossio sobre el Greco, y en el alma las siluetas de Cisneros y Mendoza. Condújelo a la Vega, al Hospital de afuera, y mientras, íbale contando la vida de hombre como aquel frailecillo nacido en majadas de pastores como entónces era Torlaguna. Ya en el templo le mostré el sarcófago del Cardenal Tavera, obra de Berruguere y la obra mejor de Grogá funeraria que hay en España. Aturdido quedó de la maravilla del autor del retablo de San Benito. Berruguete castellano hasta los huesos había vuelto de Italia sin que el Renacimiento doblara su constitución nerviosa de acero e inflexible había cincelado el rostro del Cardenal de portentoso modo realista. Apoyando mis manos en el cráneo que sostienen los angelotes señalé a Julio Antonio aquella cara. Oh, qué cara de pastor aquella cara del Cardenal enérgico ibero. Mientras el escultor admiraba la impresión de la muerte dada a aquel rostro con acierto soberano, rostro del hombre más muerto que se esculpió jamás; mientras él admiraba aquella nariz saponificada caída sobre la grieta de los labios, los ojos hinchados como si la bola de ellos fuera a escaparse por los párpados entreabiertos, yo le señalaba las facciones recias campesinas que la muerte misma era incapaz de borrar, contra las que la muerte nada podía. Esos contornos, que en las momias de los reyes egipcios se conservan siglos y siglos gracias al genio de los embalsamadores, se conservaban aquí merced a su propia enérgica, a la suprema vitalidad que les diera el campo y el alma labriega. Y aquello que yo mostraba a Julio Antonio no es sino el genio de esta Raza nuestra inexorable cuyo carácter en la Muerte parece acertar a borrar, machismo que nadie ha sabido concretar tampoco en nuestros estudios. ¿No habrá algún español que acometa la empresa de rehacer toda la historia antigua tal y como la hubieran hecho Viriato y demás régulos ibéricos y no como se le antojó dármola hecha a sus contrarios? ¿En qué otra razón sino en ese machismo, del que sólo podría dar pálida idea una Juzgadura del Concejo de la Mesta, se puede fundar esa condición, admiración del Mundo, de que simples pastores salgan generales y estrategas de primer orden, labriegos y arrieros que hoy como ayer salen vencedores de legiones romanas y huestes napoleónicas, guerrilleros, cabecillas y hasta bandidos que combaten de potencia a potencia con poderosas instituciones disciplinadas? Romancero inacabable de la Raza es ese inacabable porque en ese retablo de energía colosal, cuando se dan por terminadas las figuras extrañas siempre aparece otra

superior en proyecciones rebeldes a la anterior. Noel relata al margen de ideas como éstas la visión de un toro de Veragua en deliciosa ribera del Guadalquivir. Descríbele con insuperables trazos incrustando en el cromo dinámico de la fiera el carácter entero de la Raza y el Duque de Veragua, descendiendo de su jaca campera, le cuenta la lucha del padre de ese toro con un león. Fue apuesta del Duque con un Lord. ¿Cuál es más valiente, el toro o el Rey de los animales? Traen el felino, de Hamburgo, del parque Hagemberg; hay por medio millibras esterlinas. Luchan en la jaula. Es decir, no hay lucha. El león quiere irse apenas suelto entre los barrotes y el toro desde el marco mismo del toril se arroja sobre él sin darse cuenta de quién es su enemigo. El león queda hecho un guinapo sobre sus intestinos vaciados. El Lord no sale de su asombro y exclama:— «Pero si le ha acometido y vencido con los ojos cerrados!» «Así es España», responde el castizo Ganadero. «No hay más allá en el valor», sentencia el Lord. Pero hé aquí que el concedor de la Ganadería se acerca y le dice al Lord que ese más allá existe porque en España el más allá en el valor de sangre no tiene fin. Nueva discusión, nueva apuesta. Una collera de gañanes lleva con arte el hermoso toro al balasto de la vía férrea. Viene el tren. El toro no se quita, se afianza con sus menudas pezuñas sobre los durmientes y cuando la Pacific tremenda que arrastra el convoy llega, queda avanto y la acomete. Ella pasa por encima dejando sus despojos a un lado. El gañán le dice al Lord:— «¿Había o no había un más allá?» «Así es España», dice ahora el Lord. Pero Noel, levantando su voz en arrebatado sentimiento habla de esa España que lucha con imposibles y los vence cuando no son máquinas porque entonces estos símbolos de los nuevos tiempos pasan por encima del heroísmo....

¿Quién se atreverá a combatir las excelencias del sentimiento? Y no obstante, es preciso cantar hoy la energía de los primarios de un transformador o el campo magnético de los alternadores porque ninguna raza y menos acudiendo a su botín de guerra histórico, tiene derecho a permanecer al margen de su época disfrutando de las grandezas simplificadoras de la vida sin intervenir para ayudar. El alma de Benjamin Kidd llegó en eso bien hondo. Sólo trabajando para el futuro las Razas, son grandes. El mismo sentimiento no puede ya expresarse sin ese nuevo lenguaje y con esos nuevos acumuladores. ¿Quién fue más grande, pregunta Noel, en descripción fogosa, delante de la catarata del Niágara, el poeta ibero-americano, Heredia que

ante la espléndida caída doble de las aguas transforma la masa y el ruido en oda de asombro, o los ingenieros que en el mismo papel dedujeron integrando diferenciales su energía y la captaron convirtiendo los rápidos del Erie y del Ontario en luz y fuerza motriz?... Noel insiste más en ello con una nueva imagen seductora. Venía a América y en el barco, allá por el Atlántico cercano a las Bahamas, se acuerda de un pequeño hijo suyo. El niño duerme en aquel momento en su cuna, en Madrid, en el corazón de la Patria. El padre siente la necesidad de darle un beso. Esa es una locura sentimental, pero esa locura es posible. Allá en el puente hay una casita de madera sencilla como todo lo grande moderno y allá pone el beso el padre en azul papel, palabras que a poco van a las antenas y marchan en minutos a la boca del niño amado. Mas cuando el padre suspira satisfecho, al pecho salta el atroz remordimiento del hijo de la Raza. Ah!, que si el beso dado en el Atlántico a centenares de kilómetros de Madrid corrió hasta la cuna, eso fue posible porque un inglés, Maxwell, halló tras estudios inmensos sus seis ecuaciones fundamentales; porque un norteamericano, Tesla, encontró tras experiencias costosas, poderosas chispas casi sin limitación de voltaje; porque un francés, Branly, tras incesantes rebuscos topó con el tubo de limaduras metálicas; porque Hertz, alemán, presintió y demostró las ondas y midió su infinidad, su ilimitación; porque Marconi, italiano, experimentó con pasmosa constancia e industrializó genialmente todo ello. ¿De modo que el beso de un español fue a España llevado por un inglés, un yankee, un francés, un alemán y un italiano? ¿Y será así siempre? ¿Sucederá siempre que las energías espirituales de la Raza se carburarán en estroncos de mero ruido, de puro egoísmo? Un pueblo parece no querer a otro entre nosotros; los niños de dos barrios opuestos se pelean y apedrean en sus calles; a la salida de las escuelas donde se habló de nuestra legendaria bravura se arman contiendas estudiantiles; si el pueblo está dividido por un puente, para pasarle unos mozos han de entablar como Suero de Quíñones un paso honroso; la historia de un pueblo suele ser la lucha ancestral de dos familias por la primacía de una de ellas; y analizando el corazón de esos ciudadanos de hierro es como si el sí y el nó se mordieran dentro y expectorara el pulmón sangre moral. Sólo en el siglo XIX tuvo España cincuenta y tres grandes revoluciones, sediciones y pronunciamientos. En las dos décadas del XX, ni un sólo año dejó de haber guerras e inquietudes ciudadanas graves. España ha sido el país del Mundo que ha sosteni-

do más guerras grandes; hasta el 96 son 31 y no se cuenta la lucha de tres siglos y medio en el Sudoeste. Siete Constituciones fueron promulgadas y regadas con sangre. ¿Y será posible no fijarse en que este derramamiento incesante de energías tiene la causa del secreto en nuestro modo de ser? Los políticos y conductores de Partidos o de muchedumbres se admiran de la fiera singularidad de individualismo incontrastable y achacan a eso el ningún resultado político social de sus altas empresas. El pueblo no tiene ya ansias colectivas que impulsen su independencia y por otra parte, todos tienden a alabarle en todos los tonos. Desde muy pequeño se encienden ante el niño en las escuelas como luminarias sagradas las hogueras de Estepa, Numancia y Sagunto. Las razas que nos vencieron lo hicieron con máquinas rudimentarias, pero con máquinas. Los españoles opusieron sacrificios. Mas la máquina no se canta; se canta la hoguera y, en ella, ardiendo mujeres y joyas, niños y utensilios, los viejos y jóvenes matándose con veneno o lanzándose allí con sublime decisión. Cuenta Noel su excursión con Ménda, el Slieman de España, uno de esos sabios de la azada como hoy se dice; y era santo, pero era triste tener en la mano cerca de enhiestos paredones romanos o columnas griegas, tierra negruzca, adobe y cenizas del alma ibera. Indortes, Indivil, Mandonio, Retógenes, Viriato, eso no se olvida; el héroe, siempre el héroe; siempre el energético. La raza traía de muy lejos todo ello. ¿De nada menos que de las pinturas campestres toma Noel el origen de ese drama de energía inagotable? ¿Qué vale en las pinturas de Cogul, Alpera o Altamira, o de tantas otras, en donde hoy buscan los sabios origen de subidísimo valor científico, el hombre? Es allá el hombre una estilización somera; un punto, la cabeza; palos, los brazos; rasgos, las piernas. Mientras los rebaños de acosados renos, ciervos, jabalíes y bisontes son manifestaciones de increíble valor artístico, estupor hoy mismo de los grandes artistas que quedan atónitos ante la pujanza y el poderío con que se desplazan aquellos animales: tendones, fibras y nervios en impulsión tal que parecen haberse allí teñido con almagre o burilado en los realces de los pedruscos los ímpetus de las cosas más que las cosas mismas. A través de nuestra Historia o de nuestra Psicología eso será el capítulo cje. El hombre no valdrá jamás cosa alguna y se le sacrificará por la cosa más insignificante o el embeleco más ridículo. La mujer misma complicará todo ello, con su fiera nativa; hoy va a los toros, como ayer iba a los autos de fé. Cánovas del Castillo dice de ellas, en su colosal estu-

dio de los Austrias, que se hacían bordar en las orlas de los mantos o rebocinos, los instrumentos mismos de la Inquisición. Y si la vida no interesa, si un ibero y también los hombres que del árbol de nuestra Raza engendraron razas hermanas tienen en el bolsillo siempre la dimisión de la vida que juega por la más vil y fleve bobada; si un hombre de nuestra Raza es un derrochador de su sangre que no le interesa sino en el momento de derramarla, ¿dónde buscar firme asiento del Derecho y de la Política y del Progreso, que cimentan sus bases en un amor extremo a la existencia? Vázquez de Mella, cantaba, en cierta ocasión, con la magia de su verbo fraguado al calor de los hombres de las Constituyentes, la sobriedad de la estirpe. Noel describe al gran orador carlista en aquella ocasión en que pretendía demostrar que esos hombres no comiendo más que cebolla y pan bazo, centeno y tomate, pero fundiendo su alma de trabajador en el ambiente lleno de Dios, hacían talvez germinar la semilla con más fuerza. Mas, Noel describe al par la vuelta de ese campesino al hogar, rendido e incapaz, por el cansancio, siquiera de acariciar sus pequeñuelos. ¿Podría interesarse por la política o la civilización un hombre sobrio? La sobriedad ha traído consecuencias funestas y Noel las examina una por una, ensartándolas con el concepto que de ellas tienen las razas de los treinta y dos dientes del poder verdadero, del poder físico y mental en consorcio rotundo. Del Cid a don Juan Prim, y a los hombres mismos modernos, el heroísmo, la sobriedad, la independencia y la intransigencia integraron los hombres símbolos, representativos. Y caída la grandeza española por esos mismos defectos, en vez de perderse para siempre, se fue descomponiendo, saponificándose.



VUeltos los Tercios, vencidos los Nobles, se dedicaron a alancear toros en fastuosísimas plazas, gastando fortunas inmensas; perdida la virilidad y el sentimiento de la verdad, que hasta delante del Papa se manifestaba, siendo tan cristiano el caballero español, ese sentimiento de realidad hubo de ampararse en el arte, porque las almas se avergonzaban de ella y la temían.; deshecho el poderío por los tiempos nuevos de libertad y de experimentación, fue-

ron apareciendo aquí y allá estupendas estampas de vergüenza y locura. El misticismo se hizo sombrío; el soldado y el ciudadano colaboraron en la obra de alancear fieras a cambio de hombres; y nada más penoso y triste que ver cómo han corrido hasta nuestro tiempo, con aceleraciones mortales, los restos de la hecatombe. Noel dice que su campaña contra el toreo no fue la necesidad de extirpar un vicio o pasión colectiva. Como uno de esos tumores cuyas raíces sebáceas abarcan la doble carótida, poniendo en peligro la vida, así halló profundas las raíces del mal. La fiesta era lo de menos; y lo de más eran las pinturerías y arrogancias de la pasión desenfrenada por las Lidias; lo interesante y grave consistía en que cada cromo de esa afición era el espectro, la quiebra del inmenso poder de España que contenía en sí los gérmenes patógenos que a su vez infeccionaban a cada intervención a los espectadores llegando éstos a ser al mismo tiempo otros actores con enfermedades fatales. Y precisamente la llamaron nacional y la pusieron bajo la sagrada defensa de la idea de Patria; precisamente porque complicaron a España con las fiestas hasta dar a aquélla los valores de efecto y teatro que había recibido de aquella en pleno drama, por eso el orador se vio impulsado a ir más allá de lo que nunca creyó. Y vio en el diestro torero o bestiarero no un moharracho vestido de arlequín, sino un continuador del Romancero pero en degeneración completa, vivo trasunto de la desgracia a que había ido a parar un país por no desengañarse del mal de su temperamento. Noel examina los trajes del picador y del torero y con melancólica ironía va haciendo notar que son como capitanes de Tercios o lanceros de Spinola y de Farnesio que se hubieran vuelto rematadamente locos. Oh! aquel castoreño de piña que parece el chambergo aplastado por un puñetazo del Destino; esa lanza convertida en puya; los greguescos en las manos amarillentas; el corcel que pintara Velásquez, en un rocínante que haría reír a la misma cabalgadura de Don Quijote. Implacablemente, pero con nobleza de intención, Eugenio Noel va analizando los valores morales de la fiesta, desde el despilfarro que representan esos espectáculos y que son eco a su vez del eterno gesto de generosidad que ha consumido las energías de España, hasta la pérdida de la virilidad y de la vergüenza que entraña el ir a actuar dentro de los Cosos, focos tremendos de inmoralidad donde el hombre más cortés se torna en fiera. Pintorescamente, mas con exactitud, se ve a través de las palabras de Noel que no sólo esa fiesta esparce y conserva los caracteres que hicieron de España un país venido a me-

nos en el concierto de las naciones, sino que proyecta sobre la Raza nuevos desastres manteniendo a los aficionados en un mundo ficticio, en mentiras convencionales. El 98, el «Barranco del Lobo» en Melilla, todos los horribles sucesos han encontrado a los españoles en sus corridas de toros. La muerte o cogida de un bestiarío famoso conmueve las almas mucho más, increíblemente, que las hecatombes nacionales. La muerte del bestiarío Joselito hizo gemir las prensas hispanas hasta el absurdo. Se editaron libros, folletos, periódicos extraordinarios y sus funerales recordaban los antiguos de los Césares, como si el que había muerto en Talavera no fuese un Gitano, sino un dios de Roma. Mentira infame toda esa literatura de abanico y de pandetera que se ha promovido en torno de las Corridas, el kaleidoscopio enloquecedor de la ida y vuelta a los toros, el sol en la plaza, la mujer en los palcos, tocada con mantilla o mantón de manila, el gentío fuera de sí, las cuadrillas cuajadas de lentejuelas en cuyas arandelas minúsculas de latón se quiebran amargamente los rayos postreros que alumbró el sol de Flandes. Todo allí es postura, es simulación, es engaño. El héroe único allí es el toro, con su fe imponderable en sí mismo, con su nobleza y valentía ante las cuales el elogio enmudece. Noel describe cómo se marchó del palco de la plaza en Madrid una Misión diplomática de árabes al ver cornear los caballos y esto le inspira párrafos grandilocuentes acerca del caballo, viejo obrero y viejo artesano de las mismas glorias ibéricas. El caballo tomó tal vez la mayor parte en la conquista de los indios; él ha llevado al idioma y al corazón las palabras caballero, caballerosidad, Ordenes de Caballería y Caballería Andante, salidas de la nobleza de su condición. Parece increíble que el soldado para quien el caballo debiera ser objeto de fervoroso culto, el caballo de las grandes embesidas, el que realza en los parques la figura de los héroes y libertadores, vea en los cesos con delectación cómo el toro le destroza y cornea. Y es que todos se cornifican en los juegos circenses como los romanos se degeneraron en los suyos. Aquellos aparecieron en Roma cuando el Imperio podrido hasta la medula entraba en el crepúsculo de su gloria. Entre nosotros, decía Noel, no es extraño que el pueblo vea sin inmutarse la asadura y el mondongo del caballo fuera de la caparazón; ese pueblo hace siglos que lleva así su asadura, se la pisa y no la nota.

¿Ha de pasar el velívolo sobre el aro de la plaza de toros? ¿Se pueden dar juntos el sentimiento que inspira esos juegos de burla heroica y la ciencia que lanza al espacio

esos asombrosos motores con alas? No, no son compatibles. No son compatibles el rito de nuestro amor a la mujer con el llevarla a esos juegos de muerte; no son compatibles la delicadeza doméstica de nuestra mujer y el bochorno de la visión de la sangre y el desprecio de la vida; no son compatibles las máquinas que vuelan o las máquinas que trabajan por el hombre con ese entusiasmo por el dolor que perpetúa, que hace crónico entre nosotros el amor al sufrimiento y le idealiza en vez de anularle. Habla Noel de ese dolor de espíritu y traza las figuras queridas de la Raza: el Nazareno y la Dolorosa. De Cristo nos interesó siempre su pasión y su muerte; muy poco su idilio en Genezareth. De la deliciosa figura de la Virgen María Dolorosa, la mujer que llora. Y es que todo tiene en la Raza lágrimas en los ojos o espinas en las sienes. Es que el ibero ha sido el Nazareno de la Historia y la mujer la Dolorosa. La madre de Noel, criada de la Duquesa de Sevillano, protectora ésta más tarde del conferenciante, trae a sus labios un párrafo arrebatado, aquel en que narraba el dolor de la madre sin poder dar pan a sus cuatro hijitos y estos gateando por sus rodillas, por su pecho. Ella lloraba. ¿No he de saber describir lo que son las lágrimas, interrogaba Noel, si las he bebido? Un día de esos la madre tiene en el pecho sobre el jubón una Dolorosa, una Dolorosa de latón, hábito de la Soledad; el nene rompe una a una las siete espadillas que caen sobre el delantal de la madre. La madre castigó al hijo con dureza, pero mientras no realicemos con la Patria eso, eso mismo; mientras no rompamos los siete cuchillos que asaetean el corazón de la Madre, de la gran Madre, ésta no se salvará y el dolor no se irá de nosotros. Siempre pidiendo dolor, emoción, sufrimiento. Habláis al cerebro y se cansan. Es necesario escribir o hablar siempre para el corazón. La Celestina, divino libro ibérico, que habla de lascivias, es un libro que llora. Libro que llora es aquel robusto libro de maravilla El Buen Amor que concibiera el jovial y despreocupado Arcipreste de Hita; y cuando buscamos arte, éste ha de conmover hasta el fondo de nuestro sér todo; si no le hallamos frío, no digno de la Raza. Cuenta Noel cómo fue labrada la Dolorosa de Salzillo para demostrar que es dolor vivo lo que pedimos a todo y lo que deseamos hallar en todo. Allá en Murcia, en la iglesia de Jesús, Noel contemplaba la Dolorosa, de ese escultor italiano, pero domado por el genio hispano, como siglos antes lo fuera el Greco por el alma inflexible de Castilla. Es un pedazo de madera que hace llorar a quien lo mira, que llora él mismo, simulacro prodigioso de un dolor sobrehumano. Y no es que el gremio

de sederos quiso una matrona y escogió la Dolorosa y pidió al maestro tallador que le esculpiera una. Salzillo la esculpió y la rechazó el Gremio porque lloraba poco. Enfadado el escultor tiró el icono en el desván. Pero cierta noche su mujer viene al taller loca de pena y le dice que su pequeño hijo se muere. Allí, delante de la cuna, él contempla la muerte del pequeñín y más que eso, el dolor de agonía de la madre que no llora, no, pero que tiene en la cara las huellas de un sufrimiento interno tan conmovedor, tan profundo, que sin destender bajo la piel un solo músculo, aquel rostro es la máscara ideal del suplicio. Salzillo corre al desván, trae el pedazo de pino, le desvasta a grandes planos con fieros golpes de gubia y mientras ella sufre, él traslada aquel dolor a la madera. Llegan en aquel momento los pelaires del Gremio y al ver la estupenda obra maestra se arrodillan y le dicen que así querían ellos la Dolorosa. Salzillo enfurecido les enseña los puños y les muestra al hijo muerto y la madre moribunda. Es así como el ibero admira la manifestación del dolor, y la palabra de Noel sabe sacar un partido tal de esta imagen que aturdido el espíritu comprende que pedimos a nuestros hombres, artistas o sabios, políticos o héroes, dolor y dolor, emoción y emoción, sensaciones tremendas que sacudan el árbol de nuestros nervios hasta las raíces.

Todo es así. Lo involucramos todo. Hasta la Iglesia capitula con el pueblo y no se atreve a ir contra tanto sarcasmo. En las Plazas de toros permite la Iglesia la capilla. Esto inspira a Noel frases durísimas e irónicas y habla de las Bulas condenatorias de los Papas excluyendo de la comunión de los fieles a los que vayan a esas fiestas tan poco cristianas. Pero, sobre todo, qué bello aquel retazo de la descripción de Jesús bajando la calle de la Amargura. Creamos o nó, decía transfigurado Noel en orador a la antigua, creamos o nó, todos oímos todavía caer el madero de la cruz sobre las lajas de las baldosas de la calle amarga y diéramos la vida por levantar al que por inmensamente bueno, caía llena la cara de escupitajos, de lágrimas, de sudor y de tierra. Nadie se acercaba. Ni una mirada de amor, ni un consuelo. Befas, risas, burlas. El divino Consolador miraba en torno, nadie le devolvía la mirada si no era con odio o con risa. Pero hé aquí que una mujer se acerca y con el halda de su manto le limpia el rostro, le enjuga el sudor y la sangre, le mira con amor y lleva al corazón más grande que ha habido sobre la faz de la tierra, un consuelo infinito. Y dice la leyenda, y si lo es, es la única que merece ser verdad, que Dios dejó en el halda de la mujer sin

par su propia efigie, tres veces reproducida en los tres pliegues del manto. ¿Hay en la Historia acto más santo, más respetable? ¿Hay en la Historia de la Iglesia algo que supere en emoción humana y noble al de esta mujer? Nó, no lo hay. Ella se llamaba Verónica. Hoy, en los toros, las suertes de lidia más famosas llevan ese nombre. Y los que creen y los que no creen pasan por ese acto bochornoso e indigno. Porque así es nuestro carácter. Con tal de darnos una emoción, ¿qué importan las creencias mismas, el deber, el derecho y la dignidad? Tenemos ansia de emoción como los otros pueblos tienen ansia de ciencia. El dolor y la muerte son los dioses que adoramos, como el famoso personaje de Racine. No triunfó Julio Antonio, el escultor más grande que España tuvo en estos últimos tiempos, digno rival del servio Juan Mestrowich con una estatua yacente. ¿No desfilaron los Reyes y el pueblo de Madrid en masa ante ella? Julio Antonio era grande por sus bustos rotundos de la Raza y con ellos a la Raza no llegó. No llegaron la cabeza del Ventero de Peñalsordo, ni la del cabrero de Avila ni la del Novicio, ni tántas otras para labrar las cuales tuvo que robar el cincel al mismo Donatello; llegó con un muerto y murió él mismo. Porque somos así; hasta la gloria que damos, la hacemos acompañar por la muerte. Y así como en la conciencia colectiva ibera está que para tener razón hay que morir primero, así con Julio Antonio, le tuvimos hambriento y depauperado. Noel relata que, siendo compañeros en el estudio, una tarde cincelaba Julio la admirable Venus Mediterránea, orgullo hoy del Museo Moderno, ante la modelo desnuda. Esta desfallecía de frío porque la estufa del estudio no tenía carbón; Julio y Noel tenían hambre. Hubo de ir a la casa de la Duquesa a traer dinero con qué encender la estufa y hubo alegría y pan. Mas, célula que mata el hambre, no renace; y al fuego del arte que consume más que la combustión del cuerpo, añadid la angustia de los días sin pan y tendréis por qué el mismo médico Marañón, uno de nuestros prestigios, no pudo salvarle.



LA doctrina de nuestro acabamiento y decadencia que ocupa libros enteros y llenó la vida de hombres iberos como Anton, Altamira, Sales Ferré, Macías Picavea, Sallillas, Posada, Escuder, Movote y cerebros extraños como Farinelli, Eveilloh Ellis, Croce, Sergi, Hübner, Rousselet.... puede concretarse así: siempre en guerra. Contad por los dedos, dice Noel exaltándose; no se necesita ser un Leví Civitta o un Diego Ruiz para contar si hemos tenido en nuestra Historia tiempo de crear o nó. Esa cuenta, ese recuento pavoroso basta para enseñarnos cómo nuestras Razas se quedaron a la zaga de las otras. No tenéis sino que recordar. Dos siglos y más tardaron los romanos en someter los cántabros y astures. César y Pompeyo lidiaron aquí y la suerte de Roma fue echada en nuestro pueblo. Las guerras púnicas, las rivalidades de Mario, Sila y Sertorio, las luchas de los guerrilleros por sus tierras, las de estos entre sí, las batallas contra las invasiones sucesivas de todas las razas centrales y del Oriente, los godos, ulanos, vándalos, ostrogodos, suevos, lombardos y mil más. Siete siglos y medio de lucha contra los moros y entre nosotros mismos hasta Granada y los abencerrajes en las Alpujarras. La sangría del Descubrimiento y Conquista de América superior a todas las guerras juntas peninsulares y del Continente. Guerras de Italia desde 1494 al 1500; de Nápoles hasta el 1513; en 1521 en Navarra; desde el 1527 al 1544 en el Milanesado; contra Enrique II de Francia, del 1558 al 71; de Religión, del 1589 al 1598; Valtelina, en 1635; Flandes y Mantua, en 1636; las guerras de los treinta años; guerras de Francia, del 1666 al 1678; de Sucesión, del 1701 al 1714; de Italia, del 41 al 48; la de los siete años; guerras por el Pacto de Familia; la primera de Marruecos en 1774; la Independencia Americana; la Primera Coalición, de 1793 al 97; la Tercera, del 1804 al 1815; las guerras del Portugal, la Independencia, las tres guerras carlistas.... Oh qué siglo, qué trágico siglo el diecinueve para nosotros! Mientras las otras Razas creaban Progreso vivo y buscaban la luz ¿qué hemos realizado en ese infausto siglo? Siglo tal, debiera llamarse el de los escamoteadores de problemas, el de los muñecos odiosos del ciclo galdosiano. ¿Qué hicimos desde el 1796, desde la conspiración del día de San Blas hasta el pronunciamiento de Primo de Rivera en 1924? Contad, contad de nuevo y decidme si esos locos, sublimes o nó pero locos, han dejado a los sabios colaborar con el mundo trabajador.... ¡Qué panorama de sangre el que se desplaza entre aquellos años, del 1808

al 1814, dados por no existentes por Fernando VII y las Responsabilidades de Africa de 1823, dadas también por no exigidas!.... ¡Qué kaleidoscopio de sangre, leyes, revoluciones, libertades y barricadas.... Primera Constitución del 12; revolución del 20; Riego; la Mano Negra; Partida de la Porra; Sociedades Secretas; los Carbonarios; la Primera emigración; setenta y un Diputados votan la destitución del Rey en las Cortes del 1823; del 14 al 33 persecuciones y sublevaciones y represión del bandolerismo, reliquia de la guerra de Independencia; sublevación republicana en Barcelona y Zaragoza y revolución del 1835. Insurrecciones por el 37 en diversos puntos de Cataluña; el bandolerismo romántico; en el 38 sublevación en León y en Cádiz; Segunda Constitución del 37; revolución militar del 40; sublevación de Barcelona contra Espartero en 1842; repercusión en España de la revolución francesa del 48 y Conspiración en Coruña; el Programa de Izquierdas del 49 y el pronunciamiento del 51; revolución militar del 54 y Cortes; partidas republicanas del 57; conspiración de Sixto Cámara el 59 y de Pérez del Alamo en Loja por el 61; revolución del 64, Emigraciones; noche de San Daniel; sublevación de los artilleros de San Gil; fusilamientos del 66; revoluciones del 67 y del 68, sucesos sangrientos en Cádiz y Málaga en el 69 y Cortes alzadas sobre las bayonetas de Alcolca, desarme de la Milicia Nacional, disturbios y Partidas de Salvoechea, sublevación del Ferrol el 52 y cuestión de los artilleros.... Y por fin la República del 73.... Y con la República no concluye la tremenda pesadilla.... los sucesos de Alcoy; el movimiento cantonal; el golpe de Estado de Pavía del 3 de enero; la Constitución del 78; los manejos revolucionarios de Ruiz Zorrilla, en París; la sublevación de Badajós del 83; el movimiento sedicioso del 84 y el Pacto del Pardo; la sublevación del Arsenal de la Carraca en 1885; la de Villacampa el 86 y la de Gisbert en el 89.... Y luégo, como en aquelarre de locura, la visión de las Uniones y Fusiones Republicanas, el golpe de fuerza de los sargentos de la Granja, la sublevación en las Cabezas de San Juan, las actuaciones de Prim, Serrano, Espartero, Narváez, O'Donnell, Topete, Novaliches, Martínez Campos y Dulce; la restauración borbónica, las reacciones, las tres guerras civiles, la guerra de Cuba del 68 al 78; la segunda del 95 al 98, la intervención en Méjico y el Callao; las guerras de Filipinas; intervención en Italia en favor del Papado; guerras moriscas del 60; la del 93 en el Riff; la guerra con los Estados Unidos, la guerra de Marruecos desde el 1909 a és-

tos mismos días, porque eso continúa y terminará con España misma.... Y no queda aún así. No tenéis sino recordar los movimientos luctuosos que están en la memoria de todos y si los añadís a lo anterior, si añadís las luchas que siguieron a la aparición de los Partidos sociales desde el 82, los sucesos de Montjuich, la ley de Jurisdicciones, las Federaciones Republicanas, actuación de Costa, Bloque de las Izquierdas, sublevación a bordo del Numancia, la Semana Sangrienta y fusilamiento de Ferrer, la conjunción republicano socialista, el movimiento social del 17, la asamblea de Parlamentarios, la actuación de las Juntas Militares, el desastre de Annual, los Ministerios Nacionales, la liquidación del Partido Republicano por incapacidad de sus Jefes, y las actuales y sabidas actuaciones militaristas. Si a esto unís en formidable síntesis (1) la espantosa pléyade de partidistas, idólatras, secuaces y politiqueros que han infestado el puro azul de la Patria desde los revolucionarios de Aranjuez hasta los cobardes políticos barridos sin protesta por el haz de espadas del Directorio, ¿no estáis viendo con claridad meridiana que un pueblo por grande que sea tiene que resentirse y quedar exhausto?... ¿Qué otro país que no tuviera la vitalidad de nuestra Raza podría resistir esta avalancha imponente? ¿Sabéis de otro pueblo que, después de tanta fatalidad, sobreviva? Oh, amigos, esta Raza, castigada por el Destino como ninguna otra, tiene en sí, muy dentro de sí, el remedio; y ese remedio es sustituir, con las propias fuerzas oscuras de su vitalismo consustanciado en el saber, todo ese prodigioso y monstruoso falansterio de horrores....

(1) Es curiosa esta lista formada por Eugenio Noel de los políticos del siglo XIX; curiosa, instructiva y trágica.

Revolucionarios de Aranjuez; republicanos del 1796; exaltados del 1820; republicanos jacobinistas; doceañistas; masones; carbonarios; absolutistas; moderados; dinásticos; antidinásticos; emigrados (muchos de éstos se podrían llamar emigrados de profesión); liberales; conservadores; chorizos; polacos; septembrinos; octubristas; liberales individualistas; liberales fundadores; liberales restauradores; liberales exaltados; apostólicos; servilones; vivanlascasenas; doctrinarios; fisiócratas; pragmatistas; abolicionistas; positivistas; realistas; intervencionistas; librecambistas; proteccionistas; republicanos comuneros del 1830; demócratas del 1837; republicanos organizados del 1840; progresistas santones; demócratas federativos; cristinos; isabelinos; carlistas; carcas; neos; ultramontanos; reaccionarios; anticlericales; revolucionarios puros; mercenarios; panfletistas; oscurantistas; demócratas del 51; vicalvaristas; esparteristas; revolucionarios de la Soberanía Nacional; incondicionales de Prim; monárquicos; integristas; societarios de amigos del País; economistas; pactistas de Pi; coalicionistas; federales; federales orgánicos de Figueras; posibilistas de Castelar; republicanos carvajalinos; signalagmáticos; cantonales; arrionistas; gubernamentales; izquierdistas; derechistas; centristas; fusionistas; independientes; pronunciados de oficio; mi-

El Derecho, decía el célebre profesor Giorgio del Vecchio, uno de los grandes maestros que vienen en intercambio cultural a España, es un producto del espíritu popular que nace y continúa al desenvolverse en costumbre a la manera del idioma. El pueblo aborrece los Códigos y las Leyes que lo petrifican y es que nuestro pueblo creó sin conocer ni presentir el historicismo filosófico de Schelli, de un Hegel o el jurídico de un Hugo Savigny o un Puchta sin saber si lo que se identifica con el ideal es o no es cierto. Y ese pueblo nuestro, que no necesitó de la intuición de Vico para atribuir el Derecho, lejos de la inspiración de legisladores como Solon, Licurgo o Numa Pompilio, a una sabiduría vulgar; ese pueblo que brilla más cuanto más se le ataca como Rosmini dice del derecho mismo; ese pueblo que conoció antes que nadie que el sentido jurídico está en la *referentia alterum* que es nota específica del Derecho, que conoció el valor absoluto de la persona jurídica sin necesidad de métodos, de idealismos críticos; ese pueblo es el pueblo que sacó, de sus propias convulsiones, sus Fueros y Ordenanzas. Y este sentido: Fuero colectivo, es tal, es tal el sentido racial de «Dios y mi Derecho» en el concepto ibero, que la mente se ofusca ante tanta clari-

litaristas y antimilitaristas; liberales conservadores; alfonsinos de la Restauración; unitarios; regionalistas; separatistas; autonomistas; tradicionalistas; nacionalistas; patrioteros; colectivistas; internacionalistas; patriotas furibundos; parlamentarios; radicales; templados; filibusteros; facciosos; sectarios; demagogos; reformistas viejos; ácratas; asambleístas federales del 6 de marzo del 1870; intransigentes del Consejo Provincial de la Federación Española del 1872; republicanos reformistas del Pacto de París del 1876; confesionalistas; antropomorfos; servilones; camaristas; caudillistas; cortesanos; emancipadores; arbitristas; disidentes; descontentos de profesión; burocratas; liberalitos; conspicuos; indiferentes; neutros; gregarios; ligeros; mansistas conservadores; socialistas católicos populares; socialistas de la Tercera Internacional; comunistas; anarquistas de acción; pancistas; solitarios; republicanos lerrouxistas; agrarios católicos; vizcaíttarras; foreros; reformistas evolucionistas de Melquiades Alvarez; mayoritarios; senadores por derecho propio y vitalicios; milicianos; pretorianos; palatinos; partidarios del Democrático Católico Popular; relativistas; sagastinos; laboristas; gregarios de la Acción Ciudadana; soplones; policías honorarios; chivatos; mancomunitarios; sindicalistas libres; sindicalistas únicos; ciervistas; ganancistas; nocedalinos; prietistas; republicanos autónomos; abstencionistas; aliados; germanófilos; congresistas de profesión; marxistas; cuneros; africanistas; socios de Juntas de Defensa; autócratas; encasillados; españoles de profesión; hidráulicos; americanistas; luises; juramentados; demócratas canalejistas del Bloque de las Izquierdas; diputacionistas; parlamentarios de la Asamblea del 1918; republicanos conjuncionistas; republicanos de la Visión Nacional del 1900; y.... los que olvido.

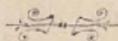
Entre estas mallas sombrías un pueblo muy grande ha permanecido asfixiado, casi podrido durante el siglo más eficaz en el progreso de los Países....

dad salida de las tinieblas. Porque esa Raza que ha sabido sacar del Romancero del Cid, de sus *fazañas*, una doctrina jurídica y política, ha vivido siempre en lucha y ha aplicado la violencia más inaudita para velar por ella..... Los fueros de Navarra, los de las provincias Vascongadas, las Mancomunidades y Municipios, la organización castellana municipal y foral.... Esos pueblos sabían que los pueblos no son patrimonio de los Reyes y en sus Cortes del 1397 afirmaba: que «non se puede desfacer por cartas del Rey lo que era fecho por Cortes», y el Procurador del Rey de Burgos se alzaba ante el Rey y le negaba subsidios de guerras que no interesaban a España y la ruina de los fueros de Navarra, Asturias, Valencia, Galicia y demás, y la ruina entera de España viene del empeño loco de la Austria de meter a la gran Nación en luchas que la repugnaban. Oh, las sublevaciones ancestrales, qué espíritu de noble rebeldía!.... Aquel levantamiento de siervos en el siglo XIII, la rebelión de los solariegos de Castilla en el XIV, el alzamiento de los pecheros de Navarra y el de los payeses de remença de Cataluña en el XV, las Germanías de Valencia vencidas por Mendoza y, sobre todo, las Comunidades de Castilla domadas por la fatalidad más que por el vil Ronquillo por esa lluvia que Tolstoi en el XIX creía enviada la víspera de Waterloo para que Napoleón pudiera ser retirado de la escena del mundo, por aquel aguacero que destrozó el genio de Maldonado, Padilla, Bravo y el alma de aquellos Nobles que adivinaron el porvenir de la Raza. Cuando hace poco tiempo el mismo Rey de España descubría la estatua del caballero Bravo en sugeridor sitio de la inmarcesible Segovia ¿no era en cierto modo darles la razón? ¿Qué otra cosa fue España hasta esos tiempos sino una Confederación de Repúblicas más municipales que feudales de las que los Reyes ni aun eran Presidentes?

Ciertamente, señores, afirma Noel con entusiasmo racial, España no sintió nunca de veras sobre sus hombros el guantelete de hierro del Feudalismo del que le libraron los Concejos y las mesnadas a sueldo de esas Instituciones únicas, mercenarios altísimos de sus Cabildos, es decir, de sus propios intereses. Ello tal vez le restó la gloria de las Cruzadas pero ello le dio el Amadís, los libros de Caballería y todo ese acerbo prodigioso que había de constituir el Romanticismo y que salido de la fusión del alma árabe y cristiana plasmó en formas imperecederas de arte. Porque lo verdaderamente nuestro, lo que de nuestra alma procede, no lloriqueó ni se maleó hasta la invasión del ge-

nio de otros países que desviaron, más que nuestro genio, nuestro juicio....

¿Quién fincó sobre bases más sólidas la estructura del Derecho brujuleando mejor entre las variadas transformaciones e influencias diversas sin dejar jamás la evolución jurídica ascendente ante tanta Raza como la invadía y sojuzgaba en apariencia? Como esos morteros de la moderna argamasa del cemento, así usó España—magistral alarife, siempre el gran obrero en la Historia—las huellas de persas, egipcios, celtas, hebreos, griegos, cartagineses y razas rubias que vinieron por su oro, sus mujeres o sus leyendas, sangre senecta, sangre oriental, sangre germana, sangre negroide.... Ninguna razón tenía Montesquieu para juzgar nuestras Instituciones hablando de formalismos o frivolidades. Demasiado seria fue esa Raza; profunda, amplia y perfecta en sus preceptos; sensata y hasta demasiado humana en el conocimiento de la naturaleza del Hombre. El rigorismo del Derecho Canónico, templado por la Doctrina Gótica, las Partidas hablando a los Jueces como en un Consejo de familia, el Ordenamiento de Alcalá, el Becerro, las Cortes, las Cancillerías, Audiencias, Alcaldes del Crimen, Ordenamiento de Montalvo, Leyes de Toro, Nueva Recopilación y la Novísima....



HAY en Avila un monasterio de delicioso carácter conventual. Todo en él es ávido como el ambiente y la sierra de Gredos que le rodea; todo él es un poema de férrea estampa castellana. Pues allí, en Santo Tomás, en el crucero, hay el sepulcro más bello que pudiera imaginarse cabeza soñadora. En ese sepulcro no duerme Don Juan, el hijo de los Reyes Católicos; allí están enterradas nuestras esperanzas. Si ese joven hubiera vivido, otra sería la Historia de España. No sabemos lo que haya en el episodio de Dona Juana recibiendo a los Comuneros en Tordesillas; pero ese joven malogrado se llevó el porvenir con él. Ante él medita el alma en esa Nobleza nuestra huyendo de sus pueblos y villas y refugiándose íntegra o casi íntegra cerca del Rey por miedo de que el poder real extranjero recién venido les quitara prebendas y bocados, luchando a muerte por la primacía en la Corte o la privanza. Ma-

les horribles trajo eso. Los pueblos se quedaron sin Nobles y fueron sustituidos por Caciques rurales. Los Gremios, las Cofradías y las Hermandades con su secuela de arte fueron desapareciendo privados de sus alientos. Y el Señor del Castillo, como había de lucirse lidiando reses en las Plazas y hasta Reyes en los Tronos, como tenía que gastar lo que no tenía, fue destrozando los pueblos y desamparándolos, cargándoles de deudas y tributos, convirtiéndose en tirano él, que no lo fue jamás. Aquí, decía Castellar, lo antiguo es la libertad; la tiranía, lo moderno. El feudalismo, que no existió en España en la forma medioeval europea, existió en la moderna en formas más onerosas y mortales. Oh, aquellos Nobles de otras épocas que nada hicieron sin el Pueblo, sin ese Pueblo que discurrió el compromiso de Caspe y el Justicia de Aragón y plantó el árbol de Guernica.... Acabamos por depender, afirmaba Goethe, de los fantasmas que creamos. Hemos acabado por ser víctimas de la malversación de nuestras energías de raza en holocausto de ideas caballerescas y extrañas. En cambio, dejamos perder, ayer como hoy, lo nuestro, lo que es enteramente nuestro. Cuántas veces, señores, cuántas veces al recorrer la Historia de España piensa uno que así como del alma viva de la Raza puede salir la novela más compleja del Universo, así esa Historia se nos aparece como la más romántica del Globo. Qué cúmulos de novele-rías, qué amontonamientos de guerras y amoríos, sublevaciones y filtraciones de Razas, poemas desplazados a velocidades increíbles, delirios de millares de leyendas, de viajes y aventuras. ¿Es que no habéis pensado que muy bien pudiéramos tener esos paroxismos en la sangre, que esa enorme novela corra por nuestra sangre en forma de atavismos a manera de misteriosas hormonas históricas que convirtieran a cada uno de nosotros en copia viva de esa locura? ¡Ah, la Historia de España! ¿Pero es que nosotros tenemos escrita la Historia de España? ¿Es que hay posibilidad moral de escribirla? Todas las Razas tienen su obra maestra de autoscopia. La nuestra es imposible. ¿Con qué criterio? Ahí tenéis la Academia de la Historia; tiene unos centenares de tomos de Documentos inéditos. Los archivos esperan. Acordáos con lo que hasta hace poco tiempo estuvo ocurriendo con los Archivos de Indias. Acordáos con qué parsimonia y premiosidad se han estado consultando los riquísimos veneros de los Archivos de las Catedrales. Papeles muy ricos se fueron al extranjero robados o vendidos. Pero lo esencial es que nos falta vocación de historicistas. Nos gusta más hacer historia que escribirla.

Por otra parte, el alma popular la refleja bien el dicho del novelista andaluz: que él no la sabía pero la presentía. Yo creo que hemos estado presintiendo la Historia y que en ello como en tantas otras cosas hemos sido los primeros pero inactivos en su continuación y perfeccionamiento. Plagas de mentiras, de inexactitudes, de legendarios actos aceptados sin discusión, de copias de discursos y proclamas, como si admirables taquígrafos o estenógrafos hubieran escuchado las arengas, interpelaciones de manos tendenciosas.... Si el autor es político, y político de la Izquierda, un Morayba, preparáos en su Historia a un criterio inexorablemente republicano de criticismo radical. Si ese historiador es Lafuente, el alma de su Historia será de un concepto de derechas políticas. Parece que, así como Lavisse cantó la Historia de Francia a sus nietos, nosotros se la estamos cantando a los correligionarios de un Partido determinado con un acento agresivo y siempre sobre aviso de alguna interrupción parlamentaria. Oh, esto sobre todo, porque de la misma manera que una Historia se está siempre contando como si estuviera definitivamente escrita y cada uno la cuenta a su modo, España se está constituyendo políticamente siempre sin acertar de un vez. Castelar, en famoso discurso, el último por cierto de su atormentada vida pública, pedía a Dios tiempo para escribir esa Historia.... Y esa Historia no se ha escrito porque nuestro temperamento lo impide, este carácter inexorable, de supremo dinamismo, está hecho para hacerla y hacerla de tan fiero modo que él mismo no la entienda luégo.....



Os he dicho, señores, clama Noel con acento de emoción profunda, os he dicho muchas veces que todo, todo tiene en nuestra Raza lágrimas en los ojos. Y esa frase tan honda y tan exacta no es mía. Sabéis que para estudiar el flamenquismo ando por España entre esa gente, y sobre todo, entre los gitanos cuyo estudio, aparte Borrow, se me debe a mí, y uno de ellos, Martín el de la Paulor, en ciudad tan bonita como Alcalá de Guadaira cerca de Sevilla, me decía:—*Tó, Nocliyo, tó tié en esta tierra lágrima en l' ojo...* —¿Por qué, Martín? le preguntaba yo al anciano.—*Po que tó ze lo yevan, pó que tó se lo van yevan-*

do, Noé... respondía lagrimcando. Ese viejo era padre de la criatura más bella que engendró el alma riente de Andalucía la incomparable. De un yath anclado en el Guadalquivir cierto potentado inglés la llamó para que cantara y la divina gitana no ha vuelto jamás. El padre cantor famoso como su chiquilla inventó una copla célebre en Andalucía que no tiene más que tres renglones cortos y es un excelso poema: *Aquí no hay náíta que vé—po que un barquito que habla—tendió la vela y ze fué.* Pues ese barquito que el pobre viejo tenía y se fue para no volver y que como no hay uno sólo de vosotros que no tenga en el alma anclado presto también a marcharse, ese barquito es nuestro valor. Todo lo que vale, todo lo que es bello, lo que canta, se va, se lo llevan, vienen por ello. Es nuestro destino, nuestro horrible destino. En la antigüedad eran tan hermosas nuestras mujeres y danzaban tan bien que las ty-mélicas eran llevadas a Roma para dar pabilo vivo a las orgías. Se llevaban y se llevan los minerales de la tierra. ¿Hay algo más sombrío, ruge Noel, hay algo más dantesco que ver en los puertos a los barcos extranjeros rellenar sus entrañas con tierra, con la tierra misma, con la tierra sagrada del país que nacimos? Pues eso lo vemos con indiferencia. ¿Y qué no veremos nosotros con indiferencia, si siendo tan patrioteros como somos abandonamos a las manos extranjeras esa tierra de los antepasados? Sólo manufactura el talento, sólo transforma el estudio, sólo sabe convertir la primera materia en productos el alma creadora. ¡Cuántas veces huroneando por aquella estupenda sala primera del museo arqueológico de Madrid, cementerio ideal de tántas grandes cosas que fueron, cuántas veces al contemplar las colecciones de monedas ibéricas, la esfinge de Balazote, la bicha de Bacairente, las figuritas de Ampurdias, las estatuas del llano de la Consolación, las estelas de la Acrópolis de Osuna, las estatuas del iconostasio del Cerro de los Santos, hemos echado de menos, presidiéndolo todo, la estatua por excelencia, la cien veces bella y para nuestro Arte e Historia única Dama de Elche. Es la eterna, la trágica historia eterna de nuestras desdichas, de nuestros abandonos. Quienes la desenterraron en los aluviones del delta del río de Elche la ofrecieron al Estado y al Pueblo y los dos permanecieron sordos. Pierre París, conservador del Louvre voló por ella y allí la tenéis en el gran Museo parisiense. Esa dama de cara ibera adornada con el sarmat y joyas fenicias es en su hieratismo severo, racial, el cromó impecable de la hermosura de nuestras hembras. Oh, tánto verso, tánto discurso alabando esa belleza

en juegos florales y fiestas de la Raza y, luego, dejar abandonados en manos extranjeras la mayor y auténtica idealización de ese encanto.... Y así todo. ¿Es ella solo? Los Cabildos venden a los anticuarios colecciones de tapices y joyas de sabor viejo. Los campesinos venden a otros Estados joyerías de tan subido valor histórico y material como el tesoro de Guarrazar. El pueblo mismo, ese pueblo cuya energía parece constituir su más caro recuerdo e impulso, deja marcharse vigorosos restos de almas que fueron un día concreciones de sentimientos enteramente suyos. ¿Hay alguno en su Historia, que personifique el alma recia de los iberos como el antipapa Luna? Váis a Peníscola y sentís todavía en su retiro, en la isleta mediterránea, nuestro Mont Michel, el aliento formidable de aquel hombre tan nuestro que a los ochenta y cinco años habla nueve horas, que hace frente a Concilios y Sínodos reunidos contra él, a Emperadores y Reyes contra él concitados, al Orbe entero porque ese cráneo conservado en Sabinánigo contenía un cerebro de diorita o cinabrio. Y ese hombre tan hombre bebía la sangre de Cristo en un cáliz. Y ese cáliz donde con la sangre de Cristo se alzaba al consagrar la sangre invicta de la Raza también, ese cáliz que debió ser para el alma ibérica algo como el cáliz del Santo Graal—leyenda pireináica también nuestra y que emigró como todo—ese caliz que debía presidir los comicios del pueblo, esa joya se fue como la Dama de Elche; la compraron, se la llevaron.... Todo, todo, tiene lágrimas en los ojos en nuestra Raza charlatana y difusa tan amante del Pasado en los labios, tan poco fervorosa en el corazón....

Ah, señores, cuando os traen las Compañías de teatro el alma de nuestro Pueblo y le véis tan jovial, no creais a los histriones. El pueblo más alegre del Mundo es a la vez el más triste.... Esa alegría, como su gracia, donaire y gracejo, fueron estudiadas bien aprisa. Nuestro Pueblo no tiene de qué ni por qué reír y sin embargo ríe y ríe bien, pero esa risa que parece un sentido de lo cómico tan profundo no es alegría sana de ingenio; esa risa cubre una fuerte miseria mental y moral y es forzada para que encubra todo eso en torneos de ironía y de sarcasmo. La gracia y la muerte, la risa y el dolor se dan juntos en el alma de nuestra Raza y quien los desglosa no sabe una palabra de ese pueblo. Es con la risa en los labios como esa Raza se ha lanzado, mejor dicho, le han lanzado a las conquistas y peligros más absurdos. ¿Qué había de hacer? Al fatalismo musulmán unió ese pueblo un odio estéril y su gracia es hija legítima de sangre y de ley de la impotencia

para vencer un daño en sí y del odio a quien nos le proporciona. Chispa se llama a la gracia, en nuestra fiera parremiología popular, y eso indica fuego interior. Y ese fuego se ve en el uso que de su gracejo hace hasta en los momentos sublimes. Los gitanos al acentuarlo, lo demostraron bien. Ese pueblo que ríe ha escrito las cosas más amargas y las ha pintado y las ha cincelado y el genio hebráico pudo consustanciarse en él como con algo netamente suyo.... Siempre he pensado que tras el mascarón de la risa de Quevedo se escondía algo muy grave como tras la franca burla del Padre Isla. Mi Patria, y vosotros lo habéis heredado, es la Patria de los epigramas que muerden con cizallas de increíble fiereza. No son esos ingenios aislados en el pueblo entero, es la Nobleza, recordad Villamediana, fue Marcial en la antigüedad. Y es que la protesta contra un destino cruelísimo y no merecido tomó ese cáliz de gracia que era lo único que el genio flamenco y austriaco, tan ajenos a nuestro sér de estirpe, porque ante el ingenio su fuerza y su gracia quedaban embobados y como sin energía para represalia alguna, pues se puede domar un caballo o atacar un león pero ¿quién persigue a una *luciérnaga*? Y ello que fue nuestro mayor escape, esas jugaretas que fueron nuestra válvula de seguridad fue también nuestro mayor mal. El pueblo se aficionó a los retruécanos y chistes y dejó hacer. Y calló en la chismografía de tanto hablar en voz baja. Y calló en la verborrea y graciosismo viendo que le reñan, y de esos graciosos geniales que hacían Patria con sus bejas y ponían epigramas mágicos bajo las servilletas de los Reyes en horas bien difíciles salieron los graciosos de profesión y el histrionismo español que es la caricatura y descomposición de nuestro severo espíritu de criticismo y canceró provincias enteras y resultó a la postre tan necesario para algunas de ellas y para el nervio del pueblo que esa sal—como a su gracia llama la Raza—es lo único que aún hoy parece librarle de la podredumbre.



NO es que miremos las cosas como pueden verse en el lente del Verik Stiassuie del Instituto Pasteur; no es que todo haya de correr sobre las veinticuatro ruedas de la Mallet del Wirgiam Railway; no pedimos como en el tea-

tro famoso. «Las ciudades amuralladas» pide Ralph Adams un aislamiento total de los hombres de mente superior, queremos conservar de la Raza hombres y cosas, sentimientos y valores que serán siempre modelos y semillas inextinguibles, queremos transformar únicamente el genio violento e impulsivo del pueblo, queremos el ideal de Albert Brisbane, en su *Destino Social del Hombre*, y de Licurgo a Lenin, de Mazdak a Bela Kun, de Platón a Cabet soñamos el acercamiento de intelecto para que no pase lo que hube de decir a cierto rudo ibero que refa de mis melenas en un Centro Obrero y a quien, llevándolo yo ante un retrato de Carlos Marx allí de manifiesto, le demostré que Lenine con toda su transformación genial de Rusia no es sino una idea nacida bajo el cráneo de aquel otro melencólico. Porque tal es la desorientación y el simplismo de ese pueblo nuestro que fue tan grande que le véis en sus luchas modernas como único botón de guerra del Ideario Universal pedir pan y sólo pan, cuando más, paz para ganarle. Es infantil por no decir otra cosa más dura ver cómo celebran en sus Centros Sociales con veladas de una simplicidad angélica.

Yo he visto allá en mi patria manifestar en ella la rebeldía, aparte los consabidos discursos todos capaces de ser reducidos a un común denominador, con la representación del inofensivo *Juan José* de Dicenta. ¿Y *Las Auroras*, de un Verhaeren?... ¿Y *Los Tejedores*, de Hauptman?... ¿Y el *Danton*, de Buchner, el *Casmópolis* de Barnevold, los *Mineros*, de Delle Grazie, *Los Malos Pastores*, de Mirbeau, el *Ejército en la Ciudad*, de Jules Romains? ¿Y *Los Esclavos*, de Saint Georges de Boulsélier, la *Gorgona*, de Sem Benelli, la *Mañana*, de Hans Gans, el *Pugachef*, de Karl Gutzkow, la *Libertad*, de Pottecher?... ¿Y el *Lasalle*, de Benelli, *La Casa*, de Diderot, *Los Bajos Fondos*, de Gorki, *El Poder de las Tinieblas*, de Tolstoi?... A las rebeldías ramplonas hay que oponer la rebeldía cultural. Sólo con rebeldes se hace el Progreso pero hay que librarse como de la peste de hombres simples que oponen los callos de las manos a las ideas de las sienas. Día llegará en el que se estudie que el verdadero triunfo de los Gremios estaba en la competencia examinada, en la idoneidad probada de todos para sus respectivos oficios, que era en puridad lo que hacía tan libérrimas y ubérrimas aquellas Corporaciones; fenómeno este del saber y de saber bien que a pesar de tanta oposición al espíritu de estas Hermandades ha reaparecido pujantísimo en nuestros días. ¿Quién no se enamora de ver resurgir los oficios de los ala-

rifes, orifeces, herreros, seramistas, de Valencia, Sevilla y Cataluña allá en la Patria lejana? Vuelve a trabajarse el hierro como en los días en que se forjaban a brazo las verjas de las Catedrales, las ventanas de las casas, las Jarolas de proa de las naves que trajeron a América el beso de España. Vuelven los Cristos, las Cruces Arzobispales y Custodias, los viriles, los portapaces, los reflejos metálicos persas que hacen del barro joyas de esmalte. Vuelven a ver luz los servetos árabes de la química de las tierras, los bordados y realces, las artes ornamentales y suntuarios a las máquinas no llegarán con todo su poder nunca, labores de josaifesa y gusto que llevan en sí la liberación del que las crea y trama.

Yo os he hablado, agrega Noel, en síntesis rauda, de que es necesario oponer la máquina a la esclavitud del hombre, la ciencia—que es método y es técnica—al sentimentalismo que es intuición y dolor. Pero os repito que no simplificaréis el dolor y el esfuerzo hasta no alejar del alma racial los fantasmas de nuestro temperamento y carácter tal como hoy son. Ciencia, espíritu científico.... Y únicamente así os podréis mover en el caos donde se agitan hirviendo centenares de teorías cretenses, espartanas, esenianas, reliquias de eremitas o de iglesias ascéticas o mardakistas, alma viva aun de los kataristas del X, de los apostólicos del XIII, de los adamistas y husitas del XV, anabaptistas y neobantirantes.... Hay que tener la grandeza de llevar la Raza más allá del sentimiento infinito que la corroe pero también de salvarla. No tenéis sino recordar desde Tomás Munzer, en Hulhausser, y Juan de Leyden en Munster, las misiones «reducciones», sectas, las comunidades salvacionistas en números que aterran. ¿Qué ha sido de todo ello? ¿Qué le ha importado a Lenine la secta rusa de los Doukhoboros del siglo XVIII?... Hombres de altura mental como Emerson se enrolaron en las colonias comunistas de Brook Farm; hombres como Sienkiewitz en la de madama Modjeska y hubieron de salir de ellas. La Raza sobre todas las otras y la ciencia sobre todas las Razas incluso la nuestra. Porque la liberación está en nosotros mismos.

De nuevo recoge hábilmente el orador sus conceptos de ciencia y de ciencia moderna y habla de cómo ésta ataca el dolor y la emoción por su base. Ni para curar quiere o permite el dolor la Ciencia. Inventó los anestésicos. Más tarde al descubrir la asepsia, desde Lord Lister parece que envuelve el cuerpo mismo en sudarios como si también respetara el pudor. Y para dar razones apodícti-

cas, concluyentes, de que la violencia y la emoción son nuestra ruina y el cogollo de la tragedia en que vivimos, para hacer ver con luz meridiana que todo nuestro mal presente no es sino obra de esa morbosa inconsecuencia de carácter, cuenta Noel que si necesitamos revoluciones que saneen las conciencias nacionales o los regímenes sociales, las hagamos como hoy la diatermia o electrocoagulación térmica cura el cáncer. Y nada más bello y bien dicho que aquella operación. Un médico valenciano oye a Noel cierta disquisición en un Ateneo Medio de aquella bellísima ciudad y le invita a su Clínica para que compruebe que hay un medio que los médicos sociales pueden emplear también en la cura del carácter canceroso de la Raza. Sale al encuentro de Noel en la clínica una joven divina. Ojos negros, pelo rubio; el artista la mira como imagen de su Patria, pasión en esos ojos, espigas en ese cabello; pero la boca, está fruncida en gesto de tristeza infinita y ella abre su jubón y enseña su seno izquierdo canceroso. Así es la Patria. Ella como la Raza tiene sobre el corazón el cáncer. ¿Cómo estar alegre si el horrible microbio asesina tanta juventud y donosura? Y entonces el médico ayudado por Noel se apresta a curar. Primero, a matar el dolor. Es necesario extirpar el horrible microbio pero es necesario que la divina joven no sufra. Y la mascarilla de éter la duerme y Noel cree tener entre sus manos la cabeza de su Patria. Luégo, nada de instrumental pavoroso. Hay allí cierta bobina de inducción, puestos los polos salta entre ellos un relámpago y ruido de tormenta lejana. Toda esa energía vibra en un electrodo en la mano del doctor y la chispa eléctrica es hundida en el pezón de la teta y el microbio coagulado muerto de asombro al ver sobre él un arco voltáico. Sale la chispa y ella corta el seno desde el pectoral y como a medida que corta la electricidad carbura, cuando el seno canceroso cae en el cubo como piltrafa no se ha derramado una gota de sangre.

Así, sin sangre, sin derramar una gota de sangre se debe curar hoy las Sociedades. Hay que extirpar cánceres; eso debe hacerlo la luz, esa luz que integra nuestro átomo en iones y electrones, esa luz que hace lo que haría el médico más audaz y no derrama sangre. Porque se ha derramado tanta, tanta en nuestra Historia, que si estamos hartos de gloria, más lo estamos del eterno derramamiento de sangre. Noel no concluye aquí todavía; superando esa excelsa visión dicha como en un suspiro continuado, encuentra en la poesía el Guante, de Schiller, un apóstrofe terrible. Traduciendo esa poesía y mejorándola en su so-

berbio final avisa a la Raza no pase con ella lo que con el bufón aquél que adorando a una princesa medioeval ella se ríe y le hace sangre en los labios con el pie. ¿Tan feo el bufón será capaz de hacer nada grande? Pero han venido a la fama de su hermosura reyes y héroes con lujosos acompañamientos de hierro y púrpura. El pueblo va con ellos al torneo y en el Circo hay seis leones hambrientos. Presente la hermosa castellana, el heraldo anuncia que se casará con ella quien recoja su guante. Se descalza de él la rubia divina, cae al ruedo y resbala por la piel del león que pone en él su garra terrible. Nadie, ni los reyes ni héroes se mueven. El pueblo abucea, la mujercita llora. Entonces el bufón baja lentamente los tendidos, se mete entre los leones y recoge el guante. La hermosa sale a buscarle y quiere casarse con él. Pero él alarga con una mano el guante a la Princesa y con la otra la da un puñetazo en el pecho diciéndola: «Ya es tarde, señora, mi acto vale más que vuestra hermosura».

Y nada más exacto que la consecuencia que de la bella fábula saca Eugenio Noel. Ese bufón es la intelectualidad, la sabiduría siempre desdeñada por la Raza orgullosa de sus héroes y sus claros varones. ¿Será posible que el bufón gigante dé ese puñetazo en el pecho? No debe ser. Y aún es tiempo.

España tiene que luchar hoy con su propia grandeza y tiene que vencerla, superándola. Hay que dejar para siempre la cantiga de nuestras Glorias históricas porque ello parece ofender a las Razas a costa de las cuales ganamos esas glorias y que nos odiaron sencillamente porque no quitábamos de los labios ese antifonario henchido de orgullo. Hay que ganarlas por el amor y la competencia, ayudarlas en la nobilísima tarea de dar alas y máquinas al Hombre. Hay que vencerlas sí otra vez, pero en competencias leales y ellas sólo se dan en terrenos prácticos. Porque, en una palabra y ya concluyo, señores, o somos capaces, como nuestro Vásquez de Mella quiere y parece creer posible—las almas religiosas creen posible el milagro cuanto más improbable—de volver a los siglos pretéritos e imponerlos al Genio actual del Mundo o tenemos que aceptar éste con todas sus consecuencias. Y he ahí el dilema enorme que yo he puesto a vuestra consideración. Como el mundo es lo que es y lo es sin nosotros y sin nosotros ha avanzado, no sólo tenemos que ser como él es sino como él quiere. Y solamente, señores, hay una manera de superarle y anonadarle con una nueva hegemonía; superarle en la divina ta-

réa de ahorrar a la Humanidad dolor y esfuerzo y ensanchar ante ella el horizonte que parece limitarla....

EUGENIO NOEL ha dicho esto y mil cosas más en sus Conferencias, empapando sus generosas palabras, desleyéndolas, en emoción sana de patriota moderno, sin una adulación, sin claudicar jamás, con un acento de verdad tal, que los oyentes comprendieron se levantaba ante ellos el Alma Ibera en todo el vigor de sus futuros Destinos.

